eman arren bati,
zer eskatuba zaio
gelduituko beti;
ala gure kontuko
akerraren gisan,
gustoz osatzen danik
ezleike izan.

RAMON ARTOLA.

EN ZARAUZ.

I.

Los que se hayan bañado en la playa de este precioso pueblo en alguno de los dias de Agosto en que el mar está muy lejos y es necesario llevar la caseta hasta encontrarle, habrán visto de fijo á un anciano fuerte, ágil, con los piés desnudos, los nervudos brazos al aire, la cabeza cubierta con la oscura boina azul, por debajo de la cual se ven algunos hilos de blanquísimo pelo, de ojos brillantes y vivos, conduciendo la pareja de pequeñas vacas uncidas y arrastrando por la arena unas cuerdas que, terminando en ganchos de hierro, han de servir para traer y llevar las referidas casetas.

Este anciano llamado José Luis, cuenta más de ochenta años, es padre de cinco ó seis hijos, ha sido bañero y en la actualidad se dedica á las faenas del campo; abandonó el mar por la tierra, que labra con ese mismo par de vacas que vimos en la playa.

Vive en un caserío llamado *Chiliko,* inmediato al antiguo palacio de Narros, de los que es colono hace muchísimos años. Ha sido bañero de una generacion, (de la cual han fallecido ya no pocos, entre

ellos mi padre (q.e.e.g.) y ántes y ahora y siempre es y será euskalduna incorruptible.

Su hijo mayor es bañero tambien, pero de la generacion presente, y se dedica al oficio en la parte de playa más próxima al palacio citado, que describiré—pese á mis lectores—aunque sea muy á la ligera.

II.

Es el palacio, segun he visto escrito en alguna parte, construccion del siglo XV, de cuya época tiene en efecto todo el carácter; coronan el edificio esbeltas almenas de piedra; en la puerta de entrada, encima del elegante medio punto campea heráldico escudo con cuarteles de piedra como todo el palacio, correspondientes á diversos apellidos de los marqueses de Narros.

Le rodea hermosísimo parque de seculares y copudos árboles, le adorna un apacible lago; y destaca sobre tan poético fondo una cruz de piedra cubierta de trepadora hiedra; la capillita embellecida con cristales de colores en las ventanas, y el aspecto señorial del palacio, forman, en fin, un conjunto poético y feudal que hace recordar los señoriales castillos de Escocia admirablemente descritos por Walter Scott en sus novelas tan leidas por nuestros abuelos.

Cuando en las misteriosas noches de luna paseaba por el parque, me parecia que iba á ver salir por entre los árboles alguna enamorada pareja, vestida la dama de blanco, con brillante y acerada armadura el galan.....

Más completaba mi ilusion, al recordar que en el palacio de mis ensueños, existe un cuarto azul que, segun creo, ha de estar siempre tapizado de este color, en el cual, es fama que por la noche se oyen ruidos misteriosos, tales como el arrastre de bolas, cadenas y otros desarmónicos sones que con tanta frecuencia interrumpian el sueño á nuestros supersticiosos antepasados.

Nació esa misteriosa fama, causa de que nadie quiera dormir en dicha habitacion, de la leyenda que á grandes rasgos y como vaya recordando he de tratar de contar á los lectores:

En la época de la sangrienta lucha religiosa en Francia entre católicos y hugonotes, vivia en nuestro castillo-palacio ó mansion seño-

rial uno de los Marqueses de Narros, soltero, quien guerreó con ardor, dedicándose en la paz á los libros, sus mejores amigos. Tenía en compañía suya un capellan y varios servidores, entre los cuales se contaba un fiel escudero tan fiel, que habíale seguido en cuantas empresas de armas tomara parte tan noble señor.

Una noche, Marqués y Capellan se hallaban juntos, no sé bien si dedicados á la lectura ó á sus devotos rezos, cuando oyeron hácia el mar cuyas olas con frecuencia lamen las plantas del viejo palacio, voces como de álguien que demandaba auxilio. Acudieron con hachones encendidos señor y criados y encontraron tendido sobre la arena y bastante maltrecho á un individuo, que, sin duda, allí abandonaran los tripulantes de una lancha que se veía internarse y caminar hácia alta mar. Recogido que fué el individuo en cuestion, le acostaron en el lecho del célebre cuarto azul. Estaba el sugeto en peligro de muerte, segun advirtió el sacerdote, práctico en conocer moribundos por el ejercicio de su sagrado ministerio. Confirmó esta opinion el galeno que se encargó de su asistencia, el cual dijo al Marqués que el huésped debia prepararse, tanto espiritual cuanto temporalmente, para hacer el viaje á la eternidad. Quedóse solo el hospitalario señor con el enfermo, que habló así á su nuevo amigo: «Conozco que voy á morir pronto, y como reunís, ¡oh magnánimo señor! segun veo, nobilísimas cualidades, voy á hablaros con franqueza. Yo soy hugonote, por lo cual comprenderéis que no pienso usar los auxilios del capellan que con vos he visto ántes. Como tal hugonote he asistido á la encarnizada lucha que, en la terrible noche de San Bartolomé, ha horrorizado á Paris y horrorizará al mundo en épocas venideras. De la fiereza con que me lancé al combate, os dará idea el saber que me abrasaban el odio religioso y el deseo de vengarme del hombre que habia llegado á poseer mi más codiciado tesoro, la mujer que adoré y aun adora mi corazon. La religion nos separaba, pues ella, como su padre y como mi rival eran católicos, pero el amor unía nuestras dos almas. Noble él y noble yo; enemigos y desesperados ambos, luchamos cuerpo á cuerpo hasta que los dos quedamos tendidos en tierra, él muerto y yo próximo á perecer. Pude salir de allí, vestirme con la ropa de uno de mis escuderos, llegar á la costa francesa, y por último á vuestro señorial albergue, en el que he de estar ya pocas horas, pues me siento muy mal, y veo que se acerca rápidamente mi fin, que verdaderamente deseo. Entre el traje tengo una bolsa con algun dinero que he podido

conservar; repartidlo entre los pobres de este pueblo y cuando haya fallecido, con una piedra atada al cuerpo, lanzadme en alta mar.....» tal dijo y murió. Cumplió religiosamente el Marqués lo dispuesto por el difunto, sin más que añadir de su dinero unacantidad, á la que el desgraciado hugonote dejó para los pobres.

III.

Al poco tiempo empezó á decirse por las viejas y los niños y los jóvenes, que el alma del hugonete vagaba por los contornos, y otras parecidas consejas, que dieron márgen á la tradicion del cuarto azul; que á orillas del mar y en su mal castellano me contó una tarde, sentados sobre el casco de una lancha, el fuerte euskalduna y simpático anciano José Luis el bañero.

L. IBARGÜEN.